

Joseph Dominique Garat y su deuda con el Pueblo Vasco

Por ROSA MARIA AGUDO HUICI

J. D. Garat es el hombre que presentó a Napoleón Bonaparte la idea de formar un Estado autónomo con los vascos del norte y del sur de los Pirineos. El conjunto se llamaría Nueva Fenicia y tendría dos departamentos: Nueva Tiro y Nueva Sidón.

El proyecto podría considerarse una mera utopía sin importancia si no fuera por la personalidad de su inventor, su relación con Napoleón y la oportunidad del momento elegido. ¿Cómo era J. D. Garat? «Es delgado, no grande, de cara larga y ojos vivos y negros, cejas anchas, negras y largas y nariz arqueada bastante larga. Tiene sobre la mejilla izquierda una cicatriz alargada que corre hacia abajo», es la descripción que de él hace Humboldt en 1798¹.

Más difícil es captar su retrato moral. Nacido en Bayona en 1749, pero originario de Ustaritz, donde su padre era médico, pertenecía Joseph Dominique a una familia profundamente enraizada en el País Vasco. El y sus dos hermanos fueron abogados en Burdeos y una de sus hermanas superiora de las Visitadoras de Bayona.

Siendo, además de abogado, profesor, filósofo y escritor, fue elegido con su hermano Dominique para representar al Laburdi en los Estados Generales convocados por Luis XVI. La noche del 4 de agosto de 1789 firmó con los delegados de Laburdi y Zuberoa —el caso de Navarra fue diferente— el famoso artículo 10 de la Ley que suprime de manera uniforme todos los «privilegios» de ciudades, principados y provincias de Francia, incluyendo naturalmente los del País Vasco.

¹ «Apuntes de Humboldt sobre los Garat», Justo Gárate en Eusko Jakintza II, 1948, p. 199.

Comienza después Garat una carrera política bastante complicada remplazando a Datón como ministro de Justicia, cargo en el que le tocó en suerte notificar su sentencia de ejecución a Luis XVI², siendo ministro del Interior durante algunos meses de 1793, y después embajador en Nápoles, con la dificultad en este cargo de que la reina de Nápoles y Sicilia, María Carolina, era hermana de María Antonieta, también guillotizada³.

Ya en esta época conocía Garat a Napoleón y cuando éste consigue el poder en Francia, J. D. Garat conserva su importancia política, puesto que es nombrado conde y senador del Imperio, recibe la legión de honor y es enviado en misión especial a Holanda⁴. La Restauración acaba con la carrera política de Garat quien decide retirarse a su casa de Urdains, junto a Ustaritz.

En cuanto a su carrera intelectual J. D. Garat fue escritor y colaborador en periódicos, profesor de filosofía, catedrático de historia, académico, famoso por sus discursos retóricos, etc. I. de Fagoaga nos habla de su pertenencia a la masonería de entonces⁵.

² Mainhaguet, A. *Le Royaume de la Basse Navarre*, Belloc, p. 119, describe así este episodio: «Con el sombrero puesto y acompañando a una delegación compuesta por 15 personas Garat avanza diciendo: Luis, la Convención Nacional ha encargado al Consejo Ejecutivo que os notifique su decreto del 15, 16, 17, 19 y 20 de Enero. El rey toma la orden y la guarda. Después pide a Garat un aplazamiento de la sentencia de tres días y solicita la presencia del sacerdote Edgewort de Firmont... el 20 de Enero, hacia las cinco, Garat acompaña al dicho sacerdote desde las Tullerías al Temple. El trayecto transcurre en un silencio atroz. Por tres veces el ministro trata de romperlo. ¡Dios mío, gime, qué atroz encargo me han encomendado! Y se queja de estar implicado en esos terribles acontecimientos a su pesar».

³ Darricau, A. en *Garat, ambassadeur extraordinaire de la République française près de la Cour de Naples*, Dax, 1913, nos explica las vicisitudes de este período en el que conoce, junto al débil rey y a la reina Carolina, a Lady Hamilton, casada con el embajador inglés en Nápoles y convertida en una especie de espía junto a la reina. El triunfo de Nelson sobre la armada francesa, en el que colaboró su futura amante Lady Hamilton, representó la ruptura de relaciones de Francia con Nápoles y la vuelta de Garat, fracasado su intento de armonía.

⁴ Fagoaga, I. *Esbozo de rapsodia vasca*, Eusko Jakintza 1947, p. 202, rechaza que Garat se inclinase siempre ante los deseos del emperador. Se opuso a Napoleón en el golpe de estado del 18 Brumario, recordándole que había omitido el juramento de la Constitución; también con ocasión de la abrogación de los Jurados en los tribunales del Sena, en la muerte del duque de Enghien y en el proceso de Moreau. De todas formas las relaciones de Garat y Napoleón han sido muy discutidas.

⁵ Dice que perteneció a la masonería puesta en voga por Cagliostro, quien importó a Francia la nueva secta del Rito Egipcio y fundó la logia de la Sabiduría Triunfante. Fueron miembros J. D. Garat, su sobrino el cantante, Voltaire, Talleyrand, Mozart, etc.

Es lógico que la trayectoria política e intelectual de J. D. Garat fuese juzgada de manera muy diversa por sus críticos. «A medida que la Revolución cambiaba» dice Pío Baroja «Garat iba cambiando: fue alternativamente dantiniano, thermidoniano, bonapartista, imperialista... después abandonó la barca de la Revolución que naufragaba y se hizo partidario de los Borbones... y devoto»⁶. Desde que el nombre de Garat salió en el *Diccionario de los veletas*, publicado en París en 1814, muchos utilizan ese símbolo de su condición cambiante y un versolari labortano le describe así:

Ustaritzo veleta
ez du ibiltzen aicea
ez ifarra ez egoa
ez da Garat bezela

Pero ¿no hay excesiva dureza al juzgar a un hombre a quien le tocó vivir en el centro de una época extraordinaria en la que casi todos eran juguetes de los acontecimientos? Inmerso en la conmoción de ideas que produjo la Revolución ¿no pensaría el racionalista Garat que aquellos cambios iban a conseguir la felicidad del mundo entero?

De los tres acontecimientos más importantes de su vida política: la firma del artículo 10, la notificación de su próxima muerte a Luis XVI y la presentación del proyecto de la Nueva Fenicia a Napoleón Bonaparte, creo que el primero y el tercero están relacionados. ¿Por qué no se opusieron los hermanos Garat a firmar aquella ley que iba a privar a su País de los Fueros ancestrales? ¿Cedieron de momento para después atacar? ¿Se ofuscaron ante el entusiasmo colectivo, como dice Veyrin?⁷ ¿Se dejaron arrastrar por debilidad, como señala Goyheneche?⁸ ¿Se sintieron más revolucionarios que vascos, según opinión de Estornés Lasa?⁹ Sea cual fuera la razón para su abdicación la realidad es que los labortanos se sintieron muy defraudados al conocer los resultados de la votación y consideraron incluso la posibilidad de destituir a sus elegidos. Al final se limitaron a dirigir un mensaje de protesta a la Asamblea y un reproche a los

⁶ Baroja, Pío. *La veleta de Gastizar*, o.c. III, pág. 871 y también en *El País Vasco*. Destino, 1961, pág. 420. Es muy curiosa su comparación entre la veleta del pueblo y Garat.

⁷ Veyrin, Ph. *Les Basques*, Arthaud, 1975, pág. 181.

⁸ Goyheneche, E. *Le Pays Basque*, Pau 1979. «el drama de un hombre débil que cede muy fácilmente al viento de la historia», pág. 376.

⁹ Estornés Lasa, B. *Encicl. Gral. Il. País Vasco*, I, pág. 311.

Garat en el que aseguraban que el único medio de rehabilitarse en la opinión labortana era un éxito completo de sus peticiones.

El reproche tuvo que calar hondo en J. D. Garat, tan amante de su pueblo. Porque eso sí, Humboldt, Baroja, Veyrin, Fagoaga, Darricau, Goyheneche, etc., están de acuerdo en que, al margen de sus posibles debilidades o errores, Garat fue durante la Revolución, el Consulado y el Imperio el gran defensor de ese pueblo vasco que parecía en trance de desaparecer en la uniformidad¹⁰. Pienso que siendo Garat una cabeza lúcida y sabiendo, como dice Goyheneche, traducir a política su amor por el pueblo vasco, vio en la propuesta a Napoleón la forma de pagar su vieja deuda. Conseguir una unión del País Vasco del norte y del sur de los Pirineos, federado a un Imperio como el de Napoleón, podía ser mucho mejor, en concepto de Garat, que la mera conservación de sus Fueros o «coutûmes». Sería el gran regalo de Garat a ese pueblo que tanto había sufrido con la nueva regulación de Francia.

Cronología de las cartas y memorias a Napoleón

El 7 Nivose, año once de la República, es decir, el 27 de diciembre de 1803, J. D. Garat, que estaba en Ustariz acompañando a sus hermanas enfermas y conociendo de cerca la realidad de su País tras la Revolución, se decide a escribir una carta al cónsul Napoleón titulada *Lettre de Garat au Premier Consul*¹¹. En ella habla sólo de los vascos franceses, describiendo su naturaleza y forma de vivir e insinuando que pueden ser muy útiles: «...en este rincón oscuro desde el que os escribo hay cosas y hombres que pueden convertirse un día en instrumentos preciosos para aquel que tiene en sus manos los destinos de una gran nación».

La segunda exposición es la más importante y contiene todas

¹⁰ En 1970 los Garat defendieron con entusiasmo el deseo de los vascos de no mezclarse con otros en el mismo departamento. J. D. Garat, siendo ministro de Interior, creó una oficina de traducciones en la que se vierten al vascuence las proclamas y leyes de la Constitución y dio un decreto de enseñanza bilingüe.

¹¹ Albert Darricau, pariente de Garat, publica esta carta y siguientes memorias en *Le Labourd et l'Empire*, Dax 1906, pág. 65 ss. Me he servido exclusivamente de este texto en francés. I. de Fagoaga traduce parte de los escritos de Garat a Napoleón. J. Descheemaeker habla de un opúsculo que apareció en Dax en 1829, en la ed. Daguerre, el cual contenía el proyecto de 1808 de Garat al emperador. Dice que no lo pudo encontrar pero que Aranzadi, profesor en Bilbao, se lo mostró traducido al castellano. Yo no lo conozco.

las ideas que explicará con más detalle en otros escritos. Se titula: *Exposé succinct d'un projet de réunion de quelques cantons de l'Espagne et de la France dans la vue de rendre plus faciles et la soumission de l'Espagne et la création d'une maxime puissance*. Se trata ya del proyecto de unir los «cantones» vascos de Francia y España y reagruparlos en dos o tres departamentos bajo una sola potencia: la del emperador. El encargado de entregar personalmente la Memoria a Napoleón fue el general Savary, comandante de las fuerzas de ocupación en la península Ibérica, de rango militar inferior al de Murat, pero más iniciado en las intenciones del emperador y al mismo tiempo muy adicto a Garat¹². El momento para presentar la Memoria a Napoleón pienso que era óptimo. En los manuscritos de Garat no aparece mes ni fecha exacta. Sabemos que fue al comienzo de 1808, cuando empezaba la invasión de la península, período de pleno triunfo napoleónico, a pesar de los problemas que Inglaterra planteaba. Napoleón se siente interesado en el proyecto y pide a Garat que haga un estudio más detallado sobre los vascos y demás pueblos primitivos de España. Garat acepta.

En 1811 Garat entrega a Maret, duque de Bassano, un escrito para Napoleón: *Exposé succinct des vues et des résultats d'un ouvrage qui a pour titre: Recherches sur le peuple primitif de l'Espagne, sur les révolutions de cette péninsule, sur les Basques espagnols et français*. Va acompañado de una carta muy elogiosa en la que trata de que Napoleón lea su trabajo y en la que le habla de la ventaja que supondría unir a los vascos. Esta exposición tiene pocas ideas nuevas respecto de la Memoria anterior. Quiero recordar aquí que para entonces y a partir del 2 de mayo de 1808, las fuerzas napoleónicas han sido rechazadas muchas veces en España, que la rebelión continúa, que Mina y sus guerrilleros ganan terreno y que José Bonaparte escribe a menudo a su hermano pidiéndole que le libere de su sufrimiento. Además los ejércitos del Emperador se desmoronan aquí y allí, sigue el conflicto con el Papa, etc. Recibe Napoleón este largo escrito de Garat justo antes de comenzar la guerra con Rusia. Evidentemente no es ya el momento de tratar del asunto vasco, máxime cuando Garat envuelve el proyecto en largas disquisiciones sobre los

¹² Savary fue enviado a Madrid por Napoleón para que convenciese a Fernando de la conveniencia de ir a Bayona. Por dos veces lo encontramos en Vitoria tratando de que el príncipe siga adelante sin atender los consejos del pueblo y de Urquijo que adivinan la celada. En Bayona Savary es el encargado de obligar a Fernando a renunciar a España y aceptar Etruria. Más tarde aparece en Madrid junto a José Bonaparte, quien le odiaba por su obediencia absoluta al emperador.

fenicios y su relación con el pueblo vasco. No conocemos la reacción de Napoleón. Es muy posible que se sintiera aburrido por el escrito de Garat, quien siempre le pareció excesivamente prolijo¹³.

Existe por último un fragmento de Memoria que, según Darriau, no parece haber sido remitida a Napoleón y que puede que estuviera destinada a entrar en el trabajo sobre España que éste le había encomendado y que se titula: *Plan d'un projet de réunion des Basques français et des Basques espagnols en un ou deux départements de l'Empire*. La obra misma no aparece entre los papeles de Garat. En el fragmento que tenemos apenas existe contenido político. Se limita a hablar otra vez de los cántabros, de los fenicios y sobre todo de la lengua vasca.

El proyecto de la Nueva Fenicia

Para captar la importancia política del proyecto Garat es necesario prescindir de todas sus largas disquisiciones sobre el origen fenicio de los vascos y de su lengua, que no tienen actualmente ningún valor aunque para Garat fueran esenciales¹⁴. Pensaba resucitar el orgullo de los vascos recordándoles la gloria pasada de sus antecesores los fenicios; de ahí la elección de nombres como Nueva Fenicia, Nueva Tiro, que hoy nos parecen tan curiosos, aunque para un revolucionario como Garat tal vez no lo fuesen tanto. Recordemos las denominaciones dadas a los meses, a las repúblicas: cisalpina, ligura, etc. La idea de que los talentos, artes y logros de los antiguos fenicios pudieran reaparecer con éxito en ese rincón de los Pirineos a donde se trasladaron hace 4.000 años, desde Asia Menor, no nos produce exactamente la sensación de entusiasmo con la que Garat soñó, ni tampoco el recibir el nombre de fenicios en vez del falso «vascos» que pertenecía a una tribu desaparecida. Además no concebimos un Napoleón «revestido del poder suficiente de recrear en occidente esa Tiro y Sidón destruidas por Alejandro», por lo que

¹³ «Concevez vous un animal comme Garat? quel enfileur de mots! J'ai été obligé de l'écouter pendant trois heures!» cuentan que dijo Napoleón, censurando que el discurso de triunfo de Garat había durado más que la propia victoria de Marengo.

¹⁴ Estaba obsesionado con la idea de que los vascos de hoy eran los descendientes de los antiguos fenicios allí establecidos. En 1869 apareció en Hachette un libro póstumo de Garat: *Origine des Basques de France et de l'Espagne*, en el que expone todas sus teorías. Thalamas Labandibar, en *L'origine des Basques d'après Joseph Garat*, Gernika 1949, 8, Jul-Sep., la discute. Hoy en día su tesis ha sido rebatida por antropólogos, filósofos, etc.

creo conveniente dejar de lado todo este tipo de elucubraciones para concentrarnos en lo fundamental.

Sintetizando los escritos de Garat sobre la Nueva Fenicia encontramos: 1) una estructuración política del nuevo Estado; 2) una dedicación casi exclusiva de sus habitantes a la navegación; 3) una potenciación de la lengua vasca como elemento fundamental del éxito de la empresa.

1) *La organización territorial* sería la siguiente: «Que los cuatro cantones vasco españoles y los tres vasco franceses compongan dos o tres nuevos departamentos del Imperio... Para borrar con más seguridad y rapidez las diferencias que Francia y España hayan podido introducir en estos pueblos sería necesario componer cada departamento con porciones españolas y francesas mezcladas entre sí... La Alta Navarra y la Navarra francesa, siendo contiguas y ambas vascas, ofrecen grandes facilidades al respecto; lo mismo ocurriría entre el valle del Baztán, que está en España y el valle de Nive o país de Laburdí, que está en Francia. Para pasar de uno a otro sería suficiente atravesar una sola montaña. Nada impediría y lo exigirían en cambio muchas consideraciones políticas, que se hiciese entrar en el mismo departamento las dos riberas del Bidasoa: Fuenterrabía y Hendaya».

Y ¿cuál sería la relación de esta Nueva Fenicia con el Imperio? «Es necesario que estén unidos bajo una sola potencia y esta potencia no puede ser sino la del emperador», contesta Garat. Pero ¿en qué condiciones? y ¿qué se entiende exactamente por departamentos? El punto no queda claro. ¿Autonomía?, ¿federación? No se trata de un Estado independiente sino protegido por Napoleón en condiciones no definidas.

Garat no trata de que se devuelvan al País los Fueros perdidos. Después de recalcar la peculiaridad y excelencias de esos Fueros y el respeto que reyes y gobernantes tuvieron hacia ellos: «Estos reyes estaban seguros de hacerse amar por los vascos dejándoles como estaban»; y también: Los vascos piden poco. Es suficiente no quitarles nada para obtener su reconocimiento y abnegación», el político de Ustaritz no se atreve —o no le interesa— pedir a Napoleón la devolución de esos Fueros: «No hablo aquí para tratar de resucitar los privilegios». «No es el momento de investigar aquí los principios y caracteres de estas leyes que ni pueden renacer donde ya no existen, ni subsistir donde todavía existen».

Es evidente que Garat pide otra cosa. Se observan titubeos en cuanto al número de departamentos y respecto a la relación del nuevo

conjunto con el Imperio. Es posible que Garat no quiera concretar ciertos puntos hasta ver la reacción de Napoleón. Además las cartas, memorias y fragmentos que poseemos no son suficientes para tener una idea exacta de lo que quería que fuese Nueva Fenicia. Pero la estructura es lo suficientemente consistente como para atraer la atención del emperador hacia el proyecto.

2) Los vascos, una vez unidos, *se dedicarían a la navegación*. Están llamados a esta ocupación por su naturaleza e historia: «más dichosos como marinos que como soldados han agrandado el océano con sus viajes y el globo terráqueo con sus descubrimientos», por su situación geográfica y económica: «con sus montañas, donde las maderas de construcción abundan todavía, dígase lo que se diga; con sus minas de cobre y hierro; con su cercanía a las Landas de Burdeos, cuyos bosques resinosos pueden abastecer de brea; por sus puertos, que son muy numerosos y todos pueden convertirse en buenos; por su océano, el más terrible de los océanos...»

3) *La potenciación de la lengua vasca* es fundamental en el proyecto Garat. Por ello la Nueva Fenicia estaría formada sólo con vasco parlantes: «sería necesario ser extremadamente severos para no dejar entrar en este departamento más que a vascos verdaderos, vascos que hablen su lengua». Y es que para el senador del Imperio la lengua vasca es el elemento más importante de la identidad del pueblo vasco: «C'est le feu sacré de ces tribus» y el que les diferencia de franceses y españoles: «...se trata de la misma lengua a los dos lados de los Pirineos, en los tres cantones vasco franceses y en los cuatro españoles; hay variedades, pero ligeras y casi siempre de pronunciación más que de palabras. Esas diferencias forman los dialectos sin romper la unidad de la lengua y pienso que los dialectos de la antigua Grecia, que se mezclaban en los mismos versos y en la misma frase, tenían más diferencias que los dialectos de la lengua vasca hasta la época de la Revolución». Habla incluso Garat de una posible unificación de la lengua, con la colaboración de un hombre de talento que dominase todos los dialectos y fuera capaz de reunirlos en una misma obra; y también propone que se organicen escuelas donde pueda ser enseñada y mejorada, con ayuda de los libros de Larramendi, Oyenart, etc.

Presentación de los vascos en el proyecto Garat

Señalo aquí dos características que, en mi opinión, quiere destacar Garat en los vascos de entonces, teniendo en cuenta que conoce

mejor a los vasco franceses y también que realza aquellos rasgos que considera más eficaces para ganar el favor del emperador hacia su proyecto.

La primera es que *los vascos son diferentes de los españoles y franceses e iguales entre sí*. El informe de 1808 comienza: «En los flancos y valles pirenaicos, sea del lado de Francia, sea del lado de España, de oeste a este, desde el océano hasta las fronteras de Aragón y Cataluña, viven bajo el nombre de vasco franceses y vasco españoles unos pueblos que mantienen entre sí toda la relación que pueda haber entre los hombres y casi ninguna ni con los españoles,, con los que están unidos, ni con los franceses de los que forman parte». Sigue explicando Garat que esta separación política remonta a muchos siglos pero que, aunque durante ellos hayan obedecido los vascos a potencias diferentes y a menudo enemigas entre sí y aunque hayan formado parte de pueblos cuya lengua y costumbres han sido diversas e incluso opuestas, ni los vascos franceses han tomado las costumbres y lengua de Francia ni los vascos españoles las de España. Porque unos y otros han seguido siendo vascos.

La igualdad entre vascos del norte y del sur, según Garat, está basada en primer lugar en la lengua, en segundo en sus leyes, llamadas fueros en España y «coutûmes» en Francia y por fin en sus cualidades, forma de vida y costumbres: espíritu de trabajo, religiosidad, juegos locales, espíritu de gualdad. Si los vascos no han destacado en las guerras, aclara a un Napoleón a quien supone receloso a causa de las frecuentes desercciones de los soldados de aquella zona, no es por cobardía sino porque se sienten discriminados y diferentes del resto de los soldados por su lengua, sus costumbres e incluso sus hábitos alimenticios.

La segunda característica es que *los vascos están inmersos en la naturaleza y como ella son siempre iguales e invariables*. Dice en la primera carta a Napoleón: «Los vascos son todavía hoy lo que eran hace cuatro o cinco mil años. Mientras a su alrededor todo ha cambiado muchas veces a causa de las conquistas, leyes y artes, sólo ellos han permanecido siempre iguales. Incluso la religión cristiana, que ejerce un gran dominio sobre ellos, les dio una nueva fe sin darles un nuevo carácter. La imprenta, que revolucionó las ideas de Europa, ha introducido libros entre los vascos, pero los libros no han modificado ninguna de sus ideas. Han viajado mucho por el Nuevo Mundo y hay importantes razones para creer que han tomado parte muy activa en su descubrimiento, pero este acontecimiento tampoco les ha influido. Después de recorrer todos los países vuel-

ven a su rincón exactamente iguales a como habían salido... La Revolución francesa también ha pasado sobre ellos como un gran fenómeno que apenas han comprendido y que les ha dejado tal como eran. En una palabra, a través de los cambios de los siglos parecen mantenerse en las gargantas de sus montañas como un monumento imperecedero de lo que son los hombres cuando no reciben más que las lecciones y las leyes de la naturaleza dichosa y fuerte pero ignorante y limitada».

Es pues la descripción de un pueblo primitivo, invariable, con unas cualidades que se derivan de ese contacto directo con la naturaleza: religiosidad, realismo, sentido de igualdad y un curioso concepto de nobleza. Los vascos se creen todos nobles, pero no se trata aquí de una nobleza que se alimenta en la pereza, añade Garat recordando seguramente los recientes juicios revolucionarios a los aristócratas franceses, sino que se tienen por nobles en cuanto que son vascos, pero son muy trabajadores y es prueba de ello el estado floreciente de la agricultura en Guipúzcoa y Vizcaya, a pesar de las dificultades del terreno y de la falta de medios agrícolas modernos.

Ventajas para Napoleón

Que el proyecto de la Nueva Fenicia iba a ser ventajoso para los vascos no tiene duda en la mente de Garat. Pero ¿qué valor podría tener para el emperador? ¿Qué ventajas podría deducir de su realización? El político labortano cuida mucho este punto y además de los elogios que, según su costumbre, distribuye aquí y allí a lo largo de sus escritos, deja bien claras tres consecuencias favorables al emperador: 1) la fácil rendición de España; 2) la creación de una flota eficaz; 3) la oportunidad de insertar una civilización nueva en un pueblo primitivo.

Las dos primeras son evidentes y aparecen incluso en el título de la Memoria de 1808: Proyecto de reunión de algunos cantones de España y Francia con objeto de hacer más fácil la sumisión de España y la creación de una gran potencia.

¿Por qué creyó Garat que si se lograba la Nueva Fenicia el resto de España ya no se resistiría a Napoleón? Porque de tal forma trascendería la fuerza, la comodidad y el bienestar económico de aquel nuevo estado que el resto de España reconocería la «folie» de su lucha, explica de forma bastante ingenua y optimista. Sabe que doblegar la península Ibérica era el fin primordial de Napoleón en

aquella época y aunque los vascos eran pocos: «en Francia la población no pasará de 250.000 almas, en España no llegará al doble», si se consiguiese unirlos, potenciar esa unión y organizar bien la propaganda, es evidente que los españoles se volverían con admiración hacia aquellas gentes ahora tan poderosas gracias a la protección napoleónica. Sin olvidar, claro está, los orígenes fenicios...

La segunda ventaja, creación de una flota eficaz, es algo menos ingenua. Está claro que, tras la derrota de Trafalgar, Napoleón estaba necesitando de una armada nueva y poderosa capaz de enfrentarse a los ingleses y a sus aliados y que conocía las pocas posibilidades que les quedaban a la marina francesa y española. Por otra parte tenía noticias de la costa vasca¹⁵ y sabía que un pueblo de 750.000 habitantes no tiene contingente humano suficiente para formar una armada importante. Ahora bien, Garat le explica que si las flotas y escuadras no se forman en un instante, sí se podrían formar con los vascos «tripulaciones de corsarios que se lanzarían sobre los mares de las dos Vizcayas, situados precisamente en la ruta de Inglaterra a las dos Indias. Se volvería a ver sobre el océano lo que no se ha visto desde hace un siglo: una verdadera guerra de filibusteros que desolarían la marina mercante inglesa y formaría tripulaciones que, en nuestras escuadras y flotas, no tardarían en combatir y vencer a la marina militar de esos insolentes dominadores de los mares».

Esto ya tiene otra perspectiva. Es quizás problemático lograr una gran flota, pero es seguro que los vascos podrían hacer mucho daño a los ingleses. ¿Recordaría Napoleón que los vascos y los ingleses se habían hostigado mutuamente durante siglos, que en el siglo XIV se apresaban, hacían treguas, tratados de paz. Que los guipuzcoanos y vizcaínos contaban con escuadras capaces de hacer frente a los ingleses, así como de perseguir a la ballena, de llegar a Terranova tras el bacalao, de descubrir nuevos mundos...? ¿No podría él, Napoleón, hacer resucitar ese pasado glorioso? Es seguro que la guerra de filibusteros lograría hacer mucho daño al comercio inglés.

La tercera ventaja que Garat ofrece a Napoleón es más útil. Se trata de la oportunidad de implantar una civilización nueva en un pueblo que ha descrito como primitivo y pegado a la naturaleza «hasta que se le presente una civilización que valga más». Garat se dirige ahora al legislador; tiente a «aquel que todos los días ejerce su in-

¹⁵ En la correspondencia entre el ministro de Marina y sus subordinados en Euskal Erria 1908, se habla de un oficial de ingenieros hidráulicos que estaba reconociendo el puerto de Pasajes. Ya antes, según Henry Martín, tenía espías en los puertos vascos y conocía sus posibilidades.

fluencia sobre las leyes y caracteres de los pueblos». Un pueblo moldeable, cera virgen en sus manos, ¿qué más puede pedir un legislador? Es curioso imaginar por qué creía Garat que un pueblo como el vasco, que ha visto pasar sin inmutarse tantos sucesos y revoluciones, iba a aceptar entusiasmado la civilización napoleónica. ¿Consideraba que los cambios logrados por el emperador en Europa eran superiores a todo lo ocurrido anteriormente?

En todo caso el planteamiento nos lleva a la controversia de la época: naturaleza versus civilización, en la que Garat se abstiene de opinar abiertamente: «que los progresos de la civilización hayan corrompido a los pueblos o los hayan perfeccionado... los vascos no han participado ni para bien ni para mal». Estamos en el pre-romanticismo y el elogio que de los vascos hace Garat parece poseer en principio ecos roussonianos, pero en realidad Garat y Rousseau están en polos opuestos. Garat admira las cualidades de ese pueblo vasco que se ha conservado fiel a la naturaleza y como ella inmutable y verdadero; la naturaleza que ha descrito a Napoleón posee un caudal de valores éticos; pero no es una naturaleza idílica, ni es tal y como la sueñan los románticos y además quiere que se supere.

El «volver a la naturaleza» de Rousseau, que no es en el fondo sino un romper con esa civilización que ha creado tantas diferencias sociales, está visto desde el lado opuesto por Garat, quien, al conocer de cerca la limitación que la simple naturaleza presta a sus paisanos, considera que debe de ser superada.

Garat es anti-roussoniano y anti-romántico en cuanto a que su proyecto supone superar la simple naturaleza y aceptar la civilización napoleónica e incluye traer hacia el presente a aquellos hombres puros a los que considera anclados en el pasado. En la discusión entre Diderot y Voltaire por un lado y Rousseau por otro, Garat se inclina hacia los primeros.

Proyectos anteriores y simultáneos

Aunque muy pocos soñaron en aquella época con un estado autónomo vasco formado por las siete provincias, voy a recordar aquí rápidamente, porque el tema exigiría mucho más espacio, algunos contactos entre vascos y franceses y también entre Napoleón y la corte española, con el fin de situar más claramente el proyecto Garat, al que podrían hacer más convincente.

1794, en plena guerra de la Convención entre España y Fran-

cia, La Tour d'Auvergne, por cierto gran admirador de los vascos, negocia la rendición de San Sebastián con el alcalde Michelena quien le entrega las llaves de la ciudad a cambio de que se respeten los Fueros, bienes y propiedades. El 4 de octubre Echave, diputado general, discute con Pinet y Cavaignac representantes de la Convención. El 14, la Junta de Guipúzcoa, reunida en Guetaria, pide la formación de un estado neutro y libre, sin obligaciones ni hacia Francia ni hacia España: los franceses no les obligarían a rendir las armas ni se mezclarían en su gobierno y Guipúzcoa les ayudaría como había hecho con las tropas españolas. No se consiguió nada. Pinet y Cavaignac se negaron a transmitir ese mensaje. Se haría una unión simple o nada. La Junta se disuelve violentamente, se toman rehenes e incluso se retiene en comoda prisión a algunos junteros. Reunida de nuevo la Junta en Mondragón se repite la operación con idéntico resultado. Dice Goyheneche que este proyecto, que hubiera podido cambiar el curso de la historia, no llegó a nada por culpa del centralismo jacobino y del fanatismo político y religioso de los revolucionarios¹⁶. Más tarde, el 22 de julio de 1795, a raíz de la rendición de Bilbao, Moncey, quien días antes ha prometido a los vizcaínos que la República francesa respetará sus territorios, leyes, costumbres y propiedades, pide que se reúna la Junta en Guernica para preparar el pacto entre los vascos y la República francesa. La paz de Bâle de 1795 impide las negociaciones.

Hay un segundo momento de acercamiento entre vasco españoles y franceses en torno a la Constitución de Bayona de 1808. Los documentos históricos¹⁷ demuestran que, desde el lado vasco español, se hicieron denodados esfuerzos para lograr, no una autonomía, pero sí un mantenimiento de los Fueros. En el epistolario

¹⁶ Sigo en este episodio histórico exclusivamente la opinión de Goyheneche, E. en *Le Pays Basque*, págs. 393-394. Añade que, desde la ascensión de los Borbones se recordaba que si Guipúzcoa se había unido a Castilla por una especie de contrato revocable, —argumento recogido por Larramendi— ese contrato podía ahora ser cambiado y federarse a Francia en condiciones parecidas... También I. de Fagoaga recuerda que los Junteros reunidos en Guetaria proclamaron la independencia de Guipúzcoa, tal como era en 1200.

¹⁷ Guiard, *Historia del Consulado*, II, 647-649, Orbegozo, G. Echagüe, M. «Disposiciones de Gobierno presentadas por los consulados de Bilbao y San Sebastián en la Asamblea de Bayona el 25 de junio 1808».

También: *Actuación de los diputados vascos en la Asamblea constituyente de Bayona*, 1808, Eusko Jakintza 1949, III, 217-236.

También: *Representación de Yandiola al Emperador Napoleón suplicándole se digne declarar que la Constitución de Vizcaya no quede derogada por la General que se da en España*, 1808. Euskadi 1901, I, 174-177.

También: Fagoaga, Goyheneche y otros.

que se cruza entre el diputado J. M. Yandiola y la Diputación de Vizcaya explica aquél su exposición a Napoleón en Bayona, que es comparable, en ciertos aspectos, a la Memoria de Garat: ambos se basan en las diferencias entre el País Vasco y España, acentúan el espíritu de trabajo de sus habitantes y ponen su dedicación al mar como cebo para Napoleón: «la costa de Vizcaya es de gran extensión, tiene muchos puertos y ensenadas y es abordable por todas partes» explica Yandiola. Tampoco entonces se logró nada importante. Sólo una mera promesa de que los Fueros de Guipúzcoa, Vizcaya, Alava, y Navarra serían examinados en las primeras Cortes para determinar lo más conveniente para el interés de esas provincias y de la nación.

En agosto de 1808, tras el saqueo de Bilbao, surge la proposición de Mazarredo de lograr una entente con Francia que evite la simple anexión y dos años después el intento del general Thouvenot de unir las provincias de Guipúzcoa, Vizcaya y Alava, representadas por sus diputados generales, en un consejo presidido por él... Pero ya Napoleón estaba siendo derrotado en España y era tarde para ese tipo de propuestas. Todo acabó en la Constitución de Cádiz de 1812.

Y pasando ahora a Napoleón es evidente que, desde 1807, tiene la mirada puesta en la península Ibérica, sobre la que no sabe todavía qué decisión tomar. En octubre concierta el tratado secreto de Fontainebleau, que reparte Portugal entre Napoleón, la reina de Etruria, hija de Carlos IV y Godoy, recabando, entre otras cosas, la ayuda de España para la conquista. El mismo día que se firma el tratado tienen lugar los sucesos del Escorial, en las que el príncipe Fernando es arrestado por orden de su padre. Parece que, desde ese momento, vista la debilidad de la Corte, Napoleón decide «in mente» apoderarse del trono de los Borbones. El motín de Aranjuez, en marzo de 1808, le afianza en la idea.

Los pensamientos de Napoleón en este período son secretos casi para todo el mundo —ya he dicho que el general Savary es de los pocos iniciados— y parece cierto que tiene momentos de duda hasta muy tarde, por ejemplo cuando M. de Tournon, hombre prudentísimo, le augura grandes peligros si resuelve conquistar España¹⁸.

¹⁸ Lo cuenta A. Thiers en *Historia del Consulado y el Imperio*. IV Montaner 1892, pág. 136 y Martín, H. en *Histoire de France*, Napoleón estuvo a punto de escribir a Murat para que detuviese su avance hacia Madrid. Pero recibió noticias de éste diciendo que ya estaba en Madrid y que no había habido complicaciones.

Mientras tanto se repiten los contactos diplomáticos entre Fontainebleau y Madrid: por una parte entre el embajador de Francia Beauharnais y el canónigo Escoiquiz, representante del príncipe Fernando; por otra entre Napoleón y Carlos IV directamente y por fin los llevados a cabo por Izquierdo, plenipotenciario español en París, hombre muy astuto, encargado de tender el puente entre Francia y España.

Por la mente de Napoleón pasaban tres posibilidades: 1.^a) ayudar al príncipe de Asturias a conseguir el trono de España y casarle con alguna princesa imperial, solución generosa que hubiera satisfecho a Fernando y a los españoles; 2.^a) esto mismo pero tomando a cambio las provincias del Ebro, decisión a la que le empujaba Talleyrand y 3.^a) apoderarse del trono español derrocando a los Borbones y colocando a los Bonaparte.

Según la correspondencia de Izquierdo la segunda proposición, la de tomar las provincias del Ebro, pasó a su vez por diversas fases: 1) control francés de las ciudades cercanas a la frontera; 2) separación de España y Francia por medio de una potencia neutra y 3) anexión francesa de esas provincias. Cuando Izquierdo, después de consultar diversas fuentes en Fontainebleau, llega a la conclusión de que Napoleón se ha decidido por la última proposición y piensa anexionarse las provincias del Ebro, intenta, ya que él es navarro, salvar por lo menos su provincia de la pertenencia al Imperio¹⁰.

En este período de dudas relativas y de relaciones diplomáticas con Napoleón es donde se sitúa el proyecto Garat de 1808.

Conclusión

El proyecto Garat no llegó a realizarse. Ni siquiera sabemos si Napoleón lo consideró seriamente. Todo lo que podemos pensar sobre su realización, si Napoleón hubiera querido y si no hubiera sido derrotado, es pura conjetura. Y también lo es el futuro de un pequeño país federado al Imperio en la Europa napoleónica. Sólo podemos

¹⁰ Son interesantes para conocer este período, los artículos de:

— Zabala Ozamiz-Tremoya, A.: *Historia política de Vizcaya, 1808-1832, El acoso, los planes de Napoleón*, en *Yaikntza* 1933, I, págs. 105-117.

Se cuenta aquí que Godoy, que sabía los intentos vascos, llamaba a los gobernantes de Vizcaya «los estúpidos del País», pág. 105.

— Lafuente, M.: H.^o Gral. de España, Barna. 1889: Correspondencia de D. José Miguel Azanza: *Sobre agregar a Francia las Provincias del Ebro*, págs. 441-443.

concluir que el proyecto era importante y además factible en aquel momento.

¿Lo hubiera aceptado España? Evidentemente sólo una España amenazada, derrotada o convencida por algún trueque sustancioso. Cuenta Thiers²⁰ que Carlos IV por miedo o convencido por su hija acepta la posibilidad de crear una potencia neutra entre Francia y España a cambio de Portugal, etc. Godoy también está de acuerdo. No se consulta a los vascos. El 10 de marzo de 1808 sale Izquierdo hacia París con la carta de aceptación. Godoy cambia de idea y le hace detener en Miranda.

¿Lo hubieran aceptado los vascos? Aunque Baroja asegura que no hubo en el lado vasco español ni un solo colaborador para obtener la confederación vasca que preconizaban los vasco franceses²¹, es evidente que sí los hubo, como se deduce del punto anterior. Thiers declara, con su habitual exageración patriótica, que los vascos hubieran estado encantados de pertenecer al Imperio²². Tampoco Garat dudaba de la conformidad de los vascos con su idea: «han presentado toda la fuerza y felicidad que podrían recibir bajo leyes y reyes nombrados por Napoleón».

Creo que el proyecto de la Nueva Fenicia enlaza con esa corriente o tradición vasca nacionalista que, en momentos de conflicto histórico decisivo, y pensando únicamente en la supervivencia del País,

²⁰ Thiers, o.c. p. 115.

²¹ Baroja, P. o.c., pág. 422. «...en tiempos de la Gran Revolución muchos regionalistas vasco franceses hubiesen querido llegar a una inteligencia con los españoles y formar una confederación vasca parecida a la suiza para defenderse de la presión niveladora de París y conservar el espíritu regional, pero no encontraron, ni entonces ni después, colaboradores en los vascos españoles, tercios y cerrados para todo cuanto no fuera un estúpido absolutismo y un más estúpido fanatismo religioso».

²² Thiers, A. o.c., pág. 116: «La población de las provincias vascongadas le recibió (a Murat) con grandes demostraciones de alegría: aquellos honrados habitantes, los más hermosos, vivaces, denodados y laboriosos entre todos los que pueblan la península, no participaban de las mismas pasiones que los demás españoles; ni tenían el mismo odio a los extranjeros ni las mismas preocupaciones nacionales. Situados entre las llanuras de Gascuña y de Castilla, en una región montuosa, con su lengua particular, viviendo del comercio ilícito que hacían con la Francia y con la España y gozando de privilegios liberales que utilizaban para continuar ese comercio, ... constituían una especie de país neutral, una especie de Suiza situada entre Francia y España. Hallábanse por lo tanto poco adheridos a la dominación española y no les hubiera pesado pertenecer a un vasto imperio que les permitiese dilatar su industriosa actividad. Recibieron a Murat con ruidosas exclamaciones, significando de mil maneras diferentes su deseo de pertenecer a Francia».

intenta salvar su identidad a todo trance: contactos con Francia en la guerra de la Convención, con Napoleón en Bayona, guerras carlistas, pactos con Italia en el 37, con Alemania desde la Francia ocupada, etc., tradición que no puede entenderse sino a través de ese prisma de concepto de nación y de defensa de un pueblo cuyo ser peligra. Pero observemos que el proyecto del senador Garat marca una de las pocas ocasiones, si no la única, en que se pide algo desde el lado del vencedor. Es cierto que cuatro provincias vascas se hallaban amenazadas, pero también que Garat era un ciudadano francés que pedía al triunfador Napoleón, jefe de los ejércitos invasores, que realizara la unión del pueblo vasco. Y es claro que una petición de ese tipo es eficaz sólo si se realiza desde una posición de ganador. Por esa razón creo que el momento fue óptimo para intentarlo.

Y Napoleón. ¿Estuvo realmente tentado a seguir la propuesta de Garat? Por donde pasa destrona reyes, rompe instituciones seculares, organiza divisiones administrativas nuevas, modifica límites, crea un código civil. Podía haber conseguido su Europa a base de estados satélites, de protectorados, de federaciones, de autonomías. Y el País Vasco podría haber cabido en esa Europa. Queda una duda, además de todas las que hemos revisado antes: ¿hubiera sido capaz el emperador de sacrificar un pedazo de su Francia para formar la Nueva Fenicia? Garat le propone unir tres provincias francesas y cuatro españolas. ¿No hubiera sido demasiado para Napoleón ese sentimiento de desmembrar Francia, sentando además un precedente con relación a otros departamentos? Como dice J. Descheemaeker²³, el emperador no duda en agrandar Francia por los medios que sea, pero es muy «conservador» en lo que se refiere a la unidad de la nación.

Son todo conjeturas. Lo que no impide que el proyecto de la Nueva Fenicia, uno de los primeros en cuanto a la concepción total de un País Vasco completo y autónomo, sea algo sólido que vale la pena conocer.

²³ Descheemaeker, J.: *Un projet d'unité Basque sous Napoleon*. Histoire pour tous, n.º 109, mai 1969.